

Año X

12 de Febrero de 2000

el Semanario de Berazategui

Versión Digital

Publicación gratuita
Pídale por e-mail:
fundacion@santuario.com.ar

"SI NO QUIEREN SABER LA VERDAD, QUE NO ME BUSQUEN"
Santa Teresita



Editado Número 440

por: FUNDACION MISERICORDIA DIVINA Asociación de laicos católicos
Casilla de Correo N° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

TERCER MILENIO

¿VIVIR SIN CULPAS?

Nos hemos acostumbrado demasiado a echar la culpa a los demás por las cosas que andan mal en el mundo. Acusamos a los curas, a la Iglesia, a los políticos, al gobierno, a los administradores, a los financieros, a los mafiosos, etc. Tenemos siempre algo que decir y también mucho en contra de los otros; exactamente cada uno tiene sus propias culpas.

Olvidamos que nosotros somos coautores de todo el mal que existe; lo somos en la medida en que hubiéramos podido evitarlo si es que hubiéramos intervenido.

Decía Peguy: "Nosotros hemos matado a Juana de Arco porque hemos dejado que la mataran".

Hemos olvidado las palabras de Jesús: "El que esté sin pecado, que lance la primera piedra" (Juan 8,7).

Hemos agotado nuestra tarea con la denuncia, pero nos hemos cuidado muy bien en dejar nuestra vida aburguesada, sin sacrificarnos para intervenir. Hemos sabido solamente destruir, nunca construir.

La causa de todos los males en el mundo son los pecados de los hombres, y ante todo nuestros pecados, tanto más graves cuanto mejor nosotros conocemos la ley de Dios y el evangelio: "Cada pecado -dice Donato Cortez- es un acto de guerra"; es como una bomba que va a caer en un lugar, sembrando dolor y muerte.

Los infinitos pecados de los hombres de hoy están por hacer perecer a la humanidad entera y arrastrarla hacia el infierno. Pero para nosotros, los cristianos, hay otros pecados: los de omisión. Tal vez nunca nos hemos acusado de ellos. Sin embargo, Jesús habla sólo de éstos cuando anuncia de qué manera hará el juicio.

Somos culpables del bien que hubiéramos podido hacer y no lo hemos hecho, del tiempo que hemos perdido en el ocio en lugar de rezar y de trabajar en la viña del Señor; de las siete obras de misericordia corporales que podíamos hacer y no hemos hecho, y por lo tanto de las personas que hubiéramos podido saciar y salvar de la muerte o sanar de la lepra y hemos preferido gastar nuestro dinero en cosas superfluas y caprichosas; de las siete obras de misericordia espirituales que podíamos hacer y que por indolencia o por desinterés no hemos hecho, y por lo tanto de las personas que hubiéramos podido evangelizar y salvar y no lo hemos hecho.

Tal vez nos hemos conmovido delante de un pobre desgraciado, pero por la cantidad de personas que nos estaban mirando hemos permanecido totalmente fríos e insensibles.

En septiembre de 1984 me llegó una carta impresionante, en la que una mujer así me escribía: *Me he convertido a los treinta años, dos años después de la muerte de mi madre. Mi madre siempre me trató mal. Nunca me ha dado un*

consejo. Ni siquiera tuvo la preocupación de que hiciera la Primera Comunión o que aprendiera una oración. Crecí pagana sin ninguna culpa mía.

La noche siguiente a su muerte, ella se me apareció en sueños y me dijo:

-“Yo estoy en el Infierno. Tú vete a la Iglesia”.

Así, cada noche durante dos años se repitió el mismo sueño. Permanecí totalmente traumatizada.

Me llevaron al manicomio. Tampoco resultó. Nada podía darme paz.

Un día pensé:

-“¿Y si yo fuera de veras a la Iglesia?”

Pues fui, me convertí y llegué a ser muy religiosa. Desde ese día han pasado quince años; mi madre ya no vino a verme en sueños. Dios quiso que los buenos consejos que ella no me había dado en vida me los diera desde el Infierno. Porque yo era pagana sin ninguna culpa.

[...] Es hora de que despertemos. Es tiempo de que nos convenzamos de que estamos en guerra y que en guerra se hacen sacrificios enormes, y todo para alcanzar la victoria [...]. Todos hemos pecado, todos hemos vivido en un pequeño mundo egoísta, todos tenemos necesidad de arrepentimiento, de Misericordia por parte de Dios, de convertirnos, cambiar de mentalidad y de corazón y poner en segundo lugar nuestros intereses terrenales. Ésta es la conversión que solicitó tantas veces la Virgen Santísima en sus apariciones y el estilo de vida que espera de nosotros.

Padre Antonio Santángelo (La Última Batalla)

— RETIRO ESPIRITUAL —

“LOS DÍAS DEL ANTICRISTO”

DOMINGO 13 de Febrero
a partir de las 8:00 HS.

(finaliza aprox. a las 18:30 hs.)

Inscripción gratuita

Personalmente:

Santuario de Jesús Misericordioso
153 entre 27 y 28 - Berazategui

Telefónicamente:

4-256-8846 (contestador automático)

— ÚLTIMAS VACANTES —

EL BUEN LADRÓN

A fines de 1937 llegó el Padre Ambrosio R. Hyland a su nuevo destino apostólico: la prisión de Clinton, en Danmemora, Estado de Nueva York, conocida en el ambiente judicial y carcelero como «la Siberia». Era, por ese tiempo, uno de los presidios más aborrecibles por la gente del hampa; purgaban allí sus culpas los delincuentes de la peor calaña que hubiera conocido el mundo del delito. Sus gruesas paredes albergaban el odio y el resentimiento contra el resto de la sociedad. Seguramente nadie habría pronosticado los hechos que se sucedieron a partir del arribo del Padre Hyland. Las autoridades de la prisión mostraron de inmediato al sacerdote las «instalaciones» donde ejercería su ministerio.

-“Aquí oficiará usted la misa”- le dijeron. El cura quedó estupefacto. Lo que se le estaba ofreciendo no era sino una de las tantas galerías oscuras y húmedas de la cárcel, sin ventilación y bordeada de celdas en uno de sus laterales. El nuevo capellán había soñado que un lugar de adoración al Señor debía poseer todas las condiciones necesarias para la reflexión y el reposo del alma, así como la necesaria belleza arquitectónica. Aquello que le mostraban era lo más alejado de sus ilusiones. -¿Qué hacer? -se preguntó el sacerdote. Inmediatamente un anhelo acicateó su corazón: ¡habrá que construir un templo! Los jefes del penal lo miraron atónitos cuando expuso su propuesta. No había ninguna posibilidad de levantar una iglesia en aquella cárcel por dos motivos fundamentales: de acuerdo con la legislación vigente, no se podían erigir templos en los organismos pertenecientes al Estado y, por otra parte, aunque lograrse un permiso especial, las autoridades no contaban con presupuesto que pudiera destinarse a tal fin. El Padre Hyland no se amilanó. Recurrió a los funcionarios estatales, requirió y obtuvo la autorización para que todos los capellanes de los penales, fueran protestantes, judíos o católicos, pudiesen erigir edificios de carácter religioso. Ello, obviamente, con fondos aportados por sus propios feligreses. El Estado no pondría un solo dólar. Logrado su primer objetivo, el sacerdote comenzó un largo viaje por la ciudad y localidades vecinas, buscando las donaciones imprescindibles para su proyecto. Cualquier cosa le fue útil: materiales de construcción, escombros, madera vieja, asistencia técnica, trastos, hierros... y, por supuesto, dinero. Un arquitecto de nota realizó los planos gratuitamente, el Cardenal Hayes entregó una suma importante, un desconocido aportó un altar y dos ancianas asiladas en un geriátrico sus pequeños ahorros. La noticia trascendió a los periódicos y en poco tiempo comenzaron a llover desde distintos lugares del país donativos de todo tipo. Un par de judíos, propietarios de una sala de cine venida a menos de Brooklyn, entregaron el viejo órgano que alguna vez había deleitado a los asistentes. Unos

PARA RECORDAR ESTA SEMANA

FEBRERO

- S. 12 Santa Eulalia de Barcelona.**
- D. 13 San Gregorio II. MARÍA ROSA MYSTICA. Retiro Espiritual.**
- L. 14 Santos Cirilo y Metodio.**
- M. 15 San Claudio de la Colombiere.**
- Mi. 16 San Onésimo.**
- J. 17 Siete Santos Fundadores de los Siervos de María.**
- V. 18 San Simeón. ABSTINENCIA.**

pastores protestantes invitaron al Padre Hyland a que explicara con lujo de detalles su proyecto de obra a sus feligreses. Donaron luego una abultada suma. Una niña paralítica, que luego murió, entregó sus ahorros de años y quedó inscripto su nombre en uno de los ventanales, como prueba de gratitud. La madre de uno de los convictos regaló la cruz que domina la torre. Una de las campanas fue donada por una vieja iglesia metodista que ya no sabía dónde guardarla por su notorio deterioro. La otra se encontró en una antigua fábrica derruida de los alrededores. Los rubies para el rosetón del ábside surgieron de un desarmadero de autos: los cristales de color rojo de las luces traseras de los deshechos automóviles sirvieron a tal fin... Pasado el tiempo, el capellán hizo su inventario. Tenía prácticamente todos los elementos necesarios para realizar la obra, pero el dinero no alcanzaba, en modo alguno, para pagar a los constructores y el pedigueño sacerdote ya no tenía a quien recurrir. ¿Qué hacer? El Padre Hyland tenía la convicción de que aquella iglesia, pensada para honra de Dios, debía servir también para redención de los hombres que habitaban la cárcel. Comenzó a bucear en las almas de los reclusos, «sus chicos», como él los llamaba. Un ladrón que había robado un banco a través de un túnel construido con sus propias manos fue el primero en ofrecerse. Él cavaría las zanjas de fundación. Otros, que picaban piedras en el penal, se ofrecieron a triturar los escombros. Un asesino, que en sus años de libertad había frecuentado una carpintería, se ocuparía de colocar los techos. Aquel delincuente que escalaba fachadas de edificios con fines de robo, habría de instalar los altos vitrales. El entusiasmo conquistó a los reos, y cientos de ellos se pusieron a disposición del inquieto capellán. A un año de la iniciativa del cura se echaron los cimientos de la iglesia. El argumento del Padre Hyland fue contundente. El nocivo ocio de los internos de la prisión podía ser reemplazado por una tarea creativa

que mantuviera ocupada las mentes de aquellos miserables. Así lo entendieron los reclusos y también los ciudadanos del lugar, que continuaron haciendo llegar sus donativos. ¿Quién hubiera dicho que aquel criminal, que había estado ya en varias cárceles del país, pasaría largas horas del día arrodillado en el piso, puliendo las viejas lajas fruto de donaciones? En verdad, su sacrificio fue tan grande que contrajo una enfermedad que le ocasionaba fuertes dolores en la espalda. No obstante, tuvo el valor de no decir nada hasta que la obra estuvo terminada, y pasó luego varios meses en la cama de la enfermería, reponiéndose. Sería después uno de los más piadosos devotos que colaboraron con el Padre Hyland y, años más tarde, al ser liberado, no volvería a delinquir. Fueron los carceleros los más asombrados por la prodigiosa transformación que tuvo la vida interna del presidio. No hubo más peleas entre los penados, ni intentos de fuga, ni refriegas en motines. Y casos insólitos, como el del hábil estafador de lengua rápida y grueso vozarrón que se ocupó de seleccionar las cuarenta voces del coro

religioso que acompañaría las misas. También aquel escurridizo sujeto que destilaba bebidas alcohólicas clandestinamente encontró su redención a través de la pequeña bodega que instaló en su celda, elaborando el vino que se consagraba durante los oficios santos. Numerosos fueron los convictos que, a su egreso del penal, reencauzaron sus vidas en trabajos honrados, utilizando incluso sus horas libres en emprendimientos de servicio a la comunidad. En agosto de 1941, a cuatro años de la llegada del nuevo capellán, se inauguró oficialmente el templo, con capacidad para 1200 personas en sus naves y una torre de 30 metros. Una multitud asistió a la ceremonia que fue presidida por altos dignatarios eclesiásticos, con la presencia de funcionarios civiles venidos de todas partes del territorio norteamericano. El obispo del lugar tuvo el orgulloso honor de imponer aquel edificio religioso bajo el patrocinio de quien padeció muerte de cruz al lado de Jesucristo en el Gólgota. Se la denominó «La Iglesia de San Dimas, el Buen Ladrón».

En cierta ocasión nos sorprendió un amigo con algo que nadie esperaba. Estábamos conversando y, de pronto, dijo:

-Yo, señores, he soportado el peso de un elefante! Ante estas palabras quedamos mudos de asombro. No sabíamos si se trataba de una broma, de una manera como otra cualquiera de llamar la atención o simplemente de que había bebido más de la cuenta. Supusimos que nos encontrábamos ante un humorista que hasta el presente no había dado muestras de tan buena cualidad.

-A mí -continuó- ¡me ha caído encima un elefante!

Los asistentes sonrieron animándole a proseguir a la vez que pensaban en elefantes rosas o en suaves elefantes voladores que caían del cielo sobre los transeúntes distraídos. La animación se hacía mayor por momentos y crecía la expectación. En efecto: no se trataba de una broma, el hecho era cierto. Cuando por fin, entre las risas de todos, concluyó el relato, nos sucedió lo mismo que pasa con el pecado, que promete y promete y después de todo, a la hora de la realidad, no es para tanto.

De niño había acudido a una función de circo. Su afán por contemplar los animales le llevó a la primera fila y, cuando salieron los elefantes, en uno de esos números de equilibrio que tanto asombran a mayores y a pequeños, uno de ellos cayó sobre los espectadores. Se había consumado la tragedia; nuestro amigo quedó materialmente sepultado bajo el montón de

carne. Lo sacaron de debajo de esa montaña y lo llevaron a una clínica: no tenía nada, gracias a Dios; sólo estaba maltrecho.

Quizá no falte quien se pregunte: ¿Y yo qué tengo que ver con los elefantes? Pues tenemos mucho que ver, porque también algunos de nosotros estamos como sepultados bajo el peso de las consecuencias del pecado original, y si no nos sacan de allí, pereceremos asfixiados o aplastados.

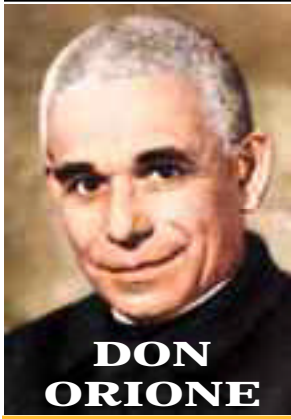
¿Es que no nos damos cuenta de que la pereza nos arrastra? ¿Es que no conocemos el daño que nos hacen las tentaciones de la sensualidad cuando las consentimos? ¿Es que no vamos tantas veces tras el mal? ¿Es que el egoísmo, con el pretexto de esto y de lo otro, no nos hace, de vez en cuando, una de las suyas cuando en realidad estamos huyendo del amor a Dios que nos pide parecerarnos cada día un poco más a Jesucristo?

No nos engañemos: basta acudir al testimonio de la propia conciencia para comprender que estos males, si nos descuidamos, nos separarán de Dios y, cuando esto ocurra, por más que aumenten nuestros pecados y por más que procuremos olvidarnos de

Él y de sus mandamientos de amor, no conseguiremos ser felices, porque nuestra verdadera felicidad está en conocer, amar y obedecer a Dios y transmitir ese amor a todos los que nos rodean. Comencemos a liberarnos del peso de nuestros pecados con una buena Confesión, que nos dejará libres del "peso extra" que nuestros pecados ponen sobre nuestros hombros.

Francisco Luna





Don Orión

En las manos de la Divina Providencia



El 28 de abril de 1935, en presencia del Presidente Justo, el Nuncio apostólico y dos Obispos, Don Orión bendijo la primera piedra del pequeño Cottolengo en la localidad de Claypole. La obra contaba con unos 25 pabellones y más de 500 enfermos. Una verdadera ciudad de la Caridad. En 1936 viajó a Chile, visitando la casa donde ubicaría a sus

hermanas. En enero del 37 visitó el Santuario de Itatí en Corrientes y la colonia agrícola uruguaya de Floresta. Participó de la fiesta del pescador en Mar del Plata y bendijo la piedra fundamental del colegio José M. Estrada. Luego viajó a Brasil nuevamente.

CONTINUARÁ

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

171

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LA FAMILIA CATÓLICA

Elección de la persona adecuada para el matrimonio: La salud física

La Iglesia no prohíbe el matrimonio entre enfermos. Refiriéndose a los posibles hijos enfermos, Santo Tomás afirma que es mejor nacer enfermo que no nacer en absoluto, pues un enfermo, al igual que cualquier persona sana, puede alcanzar el Cielo, que es un bien inmenso y, en definitiva, el último fin para el que el ser humano es creado.

Sin embargo, ya se comprende que la presencia de ciertas enfermedades debería disuadir a los contrayentes de no aceptar el matrimonio. Las enfermedades contagiosas, lo mismo que la incapacidad de tener hijos por cualquier enfermedad que haga peligrosa la concepción de los

mismos o el parto, serán motivo de serio análisis antes de tomar la decisión final.

La Economía

Sería un gran error y una verdadera inmoralidad el contraer matrimonio con una persona teniendo por único motivo su posición económica. Los matrimonios contraídos por esta razón terminan casi indefectiblemente mal. Donde no hay amor y comprensión mutua, ¿qué otra cosa puede esperarse que un desastre?

Pero si esto es verdad, también lo es el que no debe aceptarse un hombre (decimos *hombre* porque este aspecto le corresponde a él) que no posea sus propios y dignos medios de mantener el hogar decorosamente. Una persona sin trabajo estable ni vocación para el futuro, sin planes, aún en lo mínimo indispensable y madurez para enfrentar dificultades económicas, no puede ni debe contraer matrimonio, pues casi indefectiblemente terminará de mala forma y será más adelante un problema aún más grave para su esposa y sus hijos.

CONTINUARÁ

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...

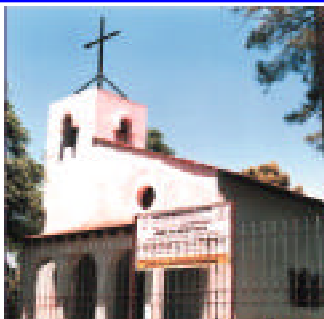
Visite el "SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

...y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

**Calle 153 entre 27 y 28
Ciudad de Berazategui
Provincia de Buenos Aires
ARGENTINA**

**Horario de visitas y atención:
TODOS LOS DIAS DE
15:00 a 16:00 HORAS**

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESION con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica" abierto desde las 8:00 horas



Aquí se realizará el Retiro Espiritual del 13 de Febrero

Colectivo	Ramal
98	3
98	5
219	3
603	1-M-6-7-4

Cómo llegar al Santuario de Jesús Misericordioso

